Don Miguel Bueno, mártir

(Notas a un libro singular*)

A la memoria inmortal del Rector de Salamanca y del «Cholo» de Santiago de Chuco. Hace cien años nació César Vallejo «muy niñín, mirando al cielo»...

I

No es posible leer todos los libros. Ni siquiera los estrictamente referidos a un campo al que uno va dedicando días, meses y años de cultivo especializado o de especial afición. «Los libros de una vida» —según reza el título de un artículo enjundioso y cargado de sentido común, como todos los suyos, de Ricardo Senabre— de «un lector medio y de mediana exigencia [...] a lo largo de treinta años [...] si nos atenemos a cálculos muy optimistas (podrían llegar a) unos quinientos». Luego, está la memoria personal que es siempre, en más o menos acusado estado de deterioro, un campo de ruinas, de soledad, mustio collado... Se impone, pues, una rígida selección a la hora de empeñarse en la empresa de la lectura. La información es fundamental al respecto. Ciertos boletines editoriales y las buenas reseñas son aduanas dignas de crédito. Pero, a veces, también lo son —y más acreditadas— la noticia alerta de un amigo y su petición (des)interesada de que escribas algo sobre tal o cual libro. Este es el caso. Félix Grande me pide unas páginas, le digo que sí, y las escribo... Pero, previamente, leo el libro, con el detenimiento que el compromiso exige y con el rigor que entraña la amistad. Y así es como este libro concreto viene a sumarse a mi cuenta particular de lecturas, enriqueciéndola. Dar las gracias es cortesía obligada. ¿Cómo ser descortés con un amigo, con tal amigo?

Escribiré, pues, «lector mío» —admíteme este plagio unamuniano—, unas notas sobre unas *Notas*. Primero, de manera objetivo-descriptiva, y, luego, sin dejar la objetividad —o esa forma de subjetividad a la que llamamos objetividad— de manera más personal, porque toda lectura es, inexcusablemente, un eficaz semillero de reflexiones cuando de veras nos «transformamos» de simples personas en personas *lectoras*.

II

El libro tiene dos partes. Más correctamente dicho, nos hallamos ante dos textos diferentes: uno, de Unamuno, y, otro, de Carlos Feal. Diferentes, sí, pero relacionados, por cuanto el primero es motivo y espuela del segundo: es su realidad asumida. El primero es un texto original y hasta ahora inédito de don Miguel. El segundo, un estudio sobre el primero. Un estudio muy peculiar al que podemos calificar de glosario del texto unamuniano, no altera a éste en nada y no se constituye en texto autónomo a costa de la autonomía de él. De manera muy general podemos afirmar, en principio, que el texto de Feal es un ensayo.

Anteceden a estos dos textos una «Nota preliminar» de Miguel de Unamuno Andarraga, nieto del rector de Salamanca, y un «Prólogo» de Miguel Quiroga de Unamuno, también nieto de don Miguel. El primero nos informa de que, entre los papeles dejados por su abuelo, había «unas notas, esbozo inicial de un hipotético libro futuro, sobre la guerra civil, ya en curso, a las que, remedando otro suyo, puso el expresivo título de *El resentimiento trágico de la vida*» (pág. 9), y de las circunstancias que permiten o aconsejan ya su publicación, a la

* *Miguel de Unamuno*, El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas, *con estudio de Carlos Feal, Madrid, Alianza Editorial, 1991, 158 págs.*

que él contribuye con la transcripción del manuscrito (pág. 10). El segundo afirma que, cuando leyó por primera vez estas notas inéditas de su abuelo, cincuenta años después de la muerte de éste, «volvieron a mi mente viejos y dolorosos recuerdos» (pág. 11), y, «sobre todos ellos, la imagen crispada de mi abuelo, del abuelo recordado como tal, de una imagen y recuerdo no compartido y al margen de su proyección universal» *(ibíd.)*; afirma también que en el fondo de su ser sintió «el deseo de que dichas notas no se hicieran públicas, salvo que de alguna forma se las pudiera interpretar del modo adecuado» (pág. 12); confiesa que, años después —ahora—, se ha encontrado con la interpretación adecuada y que ésta es el «trabajo concienzudo y profundo de Carlos Feal Deibe» *(ibíd.)*.

III. El texto de Unamuno

Consta de 22 hojas manuscritas cuyas medidas ignoro porque no he visto el original; la primera contiene el título de la ex-futura obra, está escrita, seguramente, a tinta, excepto una línea, seguramente escrita a lápiz y que no se reproduce en la transcripción; la última página consta de dos líneas más una sílaba en tercera línea. Como curiosidades, señalo que la página primera fue escrita por Unamuno sobre un papel del Ayuntamiento de Salamanca, con escudo, sello y un encabezamiento que dice: «Sr. Don Miguel de Unamuno y Jugo», escrito a máquina, y que la quinta lo fue sobre un papel del Casino de Salamanca, con escudo, y dos palabras escritas con tinta, «Comienza diciendo», a todas luces no pertenecientes al texto.

La transcripción es aceptable, salvo algún error que me parece evidente —y que no señalo por no entrar en minucias—, aunque las flechas indicadoras del sitio en el que deben ser incluidas ciertas partículas de texto no se reproducen en la transcripción de la hoja cuarta ni de la quinta, hecho que impone al lector una obligada gimnasia de confrontación de lo manuscrito y lo editado.

La presentación editorial es la normal en estos caso: las páginas pares del libro —es decir, las de la izquierda— ofrecen el manuscrito, y las impares —es decir, las de la derecha— la transcripción impresa. Las páginas manuscritas, aunque no numeradas, entran, sin embargo, en el cómputo ordenado de la paginación total del libro, razón por la que el texto unamuniano avanza hasta la página 59. Tengo mis dudas acerca de si las páginas respetan aquí, o no, le orden existente en el manuscrito. ¿Se nos ofrecen todas las páginas del manuscrito? Estos detalles, aun en el caso de resultar ciertos, no provocarían extravíos mayores porque lo que tenemos delante —y lo sabemos— es un simple manojo de *Notas* que, a lo sumo, pueden ser consideradas como materiales azarosos —y viscerales— para la elaboración de un libro del que tan sólo estamos seguros del título —si es que la primera página de Unamuno es en efecto un título.

Escribió esto porque, a mi entender, consideradas sus circunstancias vitales en los primeros meses de la guerra «incivil» —agravadas por la edad— y la dispersión temática y anecdótica fulgurante del texto mismo, Unamuno, con toda probabilidad, no tenía ni tuvo intención de escribir el libro: estoy convencido de que no lo hubiera escrito aun en el caso de que su vida se hubiera alargado más. Lo que Unamuno escribió —y tenemos delante— es un «monodiálogo» o «autodiálogo» en el que todo él y toda su obra son sometidos a una pira despiadada y piadosa, misericordiosa e inmisericorde, rebelde y resignada, sentida y resentida, en un intento de catarsis que le permitiera saber quién era él mismo, atemorizado y acongojado en el laberinto trágico de la vida y ante el hecho pavorosamente irracional de la guerra, es decir, de la muerte, del acabamiento personal y «comunal».

Hay más. Si todo texto es un signo —y está compuesto de signos—, lo es por tener dos niveles o planos indisolublemente unidos, «como el haz y el envés de una hoja». De ordinario, solemos llamar a esos dos planos o caras «expresión» y «contenido», y también «forma de expresión» y «forma de contenido» (ambas con sus correspondientes sustancias). Para algunos, los dos planos —las dos caras, los dos niveles— son isomórficos, es decir, que a cada elemento de expresión corresponde un elemento de contenido. Si urgir borde a borde tal isomorfismo aquí, creo que nada impide —más: me parece críticamente obligado hacerlo— afirmar que, si a niveles de expresión nos encontramos ante el macrotexto unamuniano, lo mismo ocurrirá a niveles de contenido. Ello quiere decir que los temas —empleo este término sin más precisiones, puesto que su significado está claro para el lector— que en este texto aparecen son hipónimos del

macrotema o architema —gran tema, tema único o dominante— de toda la obra de Unamuno. No se trata de nada extraño. Se trata, sencillamente, de no perder de vista que todo proceso semiótico es un proceso de producción de sentido, pero de sentido humano a los niveles más profundos, desde los de la propia identidad personal vivida como problema hasta los que eso que llamamos Cultura vuelca sobre el hombre en inmensa catarata de símbolos. No existen signos ni símbolos exclusivamente formales.

Por eso, estoy convencido de que este texto, en su esquematismo visceral, es el epítome, el índice, el resumen o compendio más entrañadamente condensado de la obra total y de la personalidad total de Unamuno. Por consiguiente, en este brevísimo texto, a mi entender, está Unamuno de cuerpo entero, de alma entera, de mente entera, de obra entera. Lo cual, de ser cierto —y yo creo que sí lo es— marca con un sello o impronta de excepcional importancia al texto mismo, que, para colmo, es la última obra en prosa que don Miguel escribió; tan última que, hoy y para nosotros, es póstuma.

Sobre algunas impresiones personales que la lectura del manuscrito de Unamuno me causó en la primera lectura, diré algo más adelante.

IV. El texto de Carlos Feal

Ocupa desde la página 61 a la 158 del volumen. He calificado, de forma general, este estudio como ensayo. Intentaré particularizar esa forma general en las líneas que siguen.

En realidad, lo que Carlos Feal nos ofrece es un trabajo riguroso y completo —rara vez puede aplicarse a un trabajo el calificativo de exhaustivo— en el que encontramos, en estricta contextualidad orgánica, una fuente de información detallada y desarrolladamente histórica y en el que se explican las circunstancias de las *Notas* que, en esencia, son una mera y escueta agenda: una alusión, un apunte, un dato, un hecho, una fecha, un personaje, un pensamiento, una máxima, un problema obsesivamente recurrente, un desahogo, un desplante, etc. En este sentido, el estudio puede ser considerado como paratextual.

Desde otro punto de vista, el trabajo de Feal es un instrumento de carácter pragmático. Se trata, en definitiva, de un pequeño —y acaso imprescindible— diccionario, de un subsidio exegético puesto a disposición del lector para que pueda éste entender —descodificar, si se prefiere, y volver a codificar— la información que el texto unamuniano contiene. Pero hay una particularidad muy digna de subrayado y de encomio: las ilustraciones que Feal hace al texto de Unamuno están sacadas de otros textos, o pasajes de textos, del mismo Unamuno, con los que este texto está unido por correspondencias que el comentarista se encarga de poner de manifiesto ante el lector. En este sentido, el estudio tiene carácter intertextual/intratextual y, además, «ambicioso», en el significado etimológico más estricto de este término, que es el de denotar un ámbito concreto —delimitándolo— y el de moverse de forma inquieta, incansable, dentro de él, pero sin salirse de él. Así, se comprende por qué y cómo este texto se coloca dentro del ámbito único y total —macrotexto— que la obra entera de Unamuno conforma y es. Dado que Feal realiza su operación —que bien pudiera calificarse de «comentario», como queda insinuado— desde fuera, objetivamente —norma, por otra parte, de obligado cumplimiento—, su estudio resulta ser metatextual, es decir, relacionado críticamente con el texto comentado; de ahí, su robustez objetiva y su fiabilidad hermenéutica.

Matizo una cuestión que me parece central porque congrega en su entrada las fibras vitales del texto de Unamuno, las del texto de Feal, las de este humilde texto mío, y, de manera inevitablemente más amplia, las de todos los textos que cada lector va co-creando por medio de la lectura. La matización se aloja, por tanto, y también, en el plano o nivel pragmático.

Así, pues. El estudio/trabajo de Feal puede ser considerado como importante, incluso como admirable. Bien. Pero debe ser juzgado, según creo —y de ahí la insistencia que en lo ya escrito supone esta matización—, como el «comentario», como el «glosario», como el «subsidio exegético», como el «foco hermenéutico», etc. que en realidad es, ni más ni menos. ¿Quién puede tener dudas acerca de que un juicio de este talante se instala en un nivel u orden pragmático? Por consiguiente, quien decide en este juicio es el lector. Esto significa que él es el que hará *uso* del «comentario» según, cuando y como lo requiera, aconseje o exija su propia necesidad, y esa nece-

sidad estará forzosa y directamente relacionada con la competencia que el lector mismo tenga sobre la obra completa de Unamuno, es decir, con su grado de conocimiento y entendimiento de esa obra. Ello implica que a mayor competencia, menor necesidad de «diccionario», y, a menor competencia, mayor necesidad de él. Entiéndase, sin embargo, que lo enunciado aquí como algo burdamente mecanicista, no responde a la realidad —a veces ni de lejos—, ya que, paradójicamente, los que, por ejemplo, mejor dominan una lengua son los que con más frecuencia acuden al diccionario...: quizás, el hecho de dominarla mejor sea, a un tiempo, causa y efecto del uso asiduo del diccionario.

Con esto quiero decir que, al igual que cualquier otro texto —todo texto—, el de Feal, autónomo como es e independiente del de Unamuno —aunque estrechamente relacionado con él—, predetermina o, al menos, insinúa y postula su tipo de lector más apropiado, modélico, que será aquel que mejor se ajuste a sus rugosidades y superficies —y ello, por voluntad del autor y por la forma peculiar de construcción que el texto en cuanto objeto-producto tiene en sí mismo—. Esto es evidente.

Pero, a mi juicio, es también evidente que el espectro de lector modélico o destinatario privilegiado de este «comentario» es un espectro muy amplio, razón por la que lo leerán con provecho tanto los bien enterados como los bien interesados. Unos y otros «se fían» del comentarista porque entre éste y aquéllos hay un pacto que, de ordinario, funciona sin traiciones recíprocas.

No es matización baladí. Al revés: personalmente, la tengo por fundamental, tanto más, cuanto que no todos los comentarios —es decir, no todos los comentaristas— admiten de hecho —aunque teóricamente nadie lo niegue— que la asepsia y la objetividad, cuanto más radicales sean, mayor autonomía confieren al comentario. Hay una sutil corriente subterránea de subjetivismo que aflora de manera incontrolada e inconsciente, motivo por el que no raras veces se superpone el comentario a la idea comentada, recubriéndola. En tal coyuntura, nadie gana: pierde el texto-comentario, pierden autonomía uno y otro, se produce la mistificación intelectual y aun la ideológica, el escritor que comenta atribuye ideas de su propia cosecha al escritor del texto comentado, la cosecha de éste se va pudriendo, y llega —antes de lo que de ordinario se piensa— un momento en el que la confusión es tan espesa que resulta imposible ya la atribución correcta de cada cosa a su dueño. Se impone entonces la vuelta a las fuentes. Pero la niebla se resiste siempre a ser clarificada, y las correcciones de rumbo en este campo nunca llegan a ser conocidas por todos. Del mal hecho, siempre queda el depósito más dañino...

Por fortuna, no es éste el caso. Aquí hay dos autores y dos textos, nítidamente separados y cada uno con su fisonomía inconfundible. Y yo, comentarista del comentarista, estoy produciendo un tercer texto —evidente producto de la lectura— del que me siento absolutamente tranquilo porque no entra en juegos de competencias. Mi texto es una simple señal de tráfico, un aviso, que aparece en la carretera y que, una vez visto/vista, queda atrás.

Desde esta perspectiva —que la velocidad dibuja—, me permito señalar dos detalles —más pudiera, pero dos me parecen muestra suficiente— que, unidos a los de Feal en su lugar correspondiente, pueden resultar de algún provecho o de mínima ilustración para el lector.

El primero se refiere a la quinta línea de A2 (pág. 21). Leo: «2 ag. prociúncula. Ursulas». Parece una anotación de diario personal; seguramente lo es. Se refiere a un hecho religioso, y religioso es básicamente su sentido. Feal afirma que «la evocación de la Porciúncula, fiesta de paz, introduce un neto contraste con el ambiente de guerra existente ese día (2 de agosto) en la España del 36» (pág. 73); y en la página 131 enriquece la información sobre la Porciúncula, basílica —dice— que era, un centro notable de peregrinación y a la que se adjudicó un jubileo durante el que tenía vigencia y se respetaba «la tregua de Dios». De acuerdo. Sin embargo, mi interpretación es más simple —y, paradójicamente, más compleja—: personalmente, creo que la anotación de Unamuno tiene un carácter rigurosamente histórico-personal. En efecto. la Porciúncula («partecita», «porcioncilla») fue el primer convento de la Orden franciscana, en Asís. Y precisamente el 2 de agosto es el día del llamado Jubileo de la Porciúncula en el que se gana indulgencia plenaria visitando —cabalmente, insisto, ese día, 2 de agosto— una cualquiera de las iglesias de la Orden Seráfica. Las Ursulas o Ursulinas no son religiosas franciscanas; siguen la Regla de San Agustín. Pero su aparición en el texto de Unamuno no es incoherente. El papa Pío X concedió que dicha indulgencia plenaria se pudiera ganar en iglesias no pertenecientes a la Orden de san Francis-

co, siempre que fueran iglesias designadas a tal efecto por el obispo a cuya diócesis pertenecieran. Sabido es que las iglesias de los monasterios de religiosas «entran» en el número de las designadas, por razones evidentes. Conocido lo que antecede, yo me pregunto: ¿y si lo que ocurrió —y Unamuno apunta en sus *Notas*— fue, sencillamente, que él mismo acudió ese día, 2 de agosto, a la iglesia de las Ursulas para ganar la indulgencia plenaria? Sabrosísima anécdota, a mi juicio, cuyo análisis —que el espacio tiránico me impide hacer aquí— se adivina grávido de pormenores enriquecedores de la coherente contradicción unamuniana. En Unamuno nada sorprende porque todo es sorprendente.

El segundo detalle nace de la lectura de B2 (pág. 29). Escribe Unamuno: «Esos desdichados, el obispo Echeguren, el magistral Romero». Feal, luego de glosar la figura de Echeguren, dice: «No hemos podido identificar a Romero» (pág. 140). Creo no equivocarme identificándolo yo. Don Francisco Romero fue canónigo *magistral* de la Catedral de Zamora. Lo conocí en 1960. Era un hombre ya entrado en años, pulquérrimo, manos blanquísimas, sotana impoluta, alzacuello morado, gestos y palabras de una educación selectísima y en nada afectada, fino degustador de *cognac* francés en austerísimas libaciones, amenísimo conversador y predicador «magistral»... Se cuentan anécdotas en las que el cardenal Segura y el magistral Romero tuvieron sus más y sus menos. Era, como es lógico, un monumento viviente en la monumental y pequeña ciudad de Zamora. Era, sobre todo, un personaje entrañable.

V. Algunas impresiones personales

Cuando los «leedores» nos transformamos en «lectores» —metamorfosis personal irremediablemente necesaria para que la operación de leer textos literarios, aunque no sepamos ni siquiera medianamente bien qué es un texto *literario*, sea una auténtica operación lectora—, el texto leído se convierte en hontanar de sugerencias que nos salpican de forma inesperada y, casi siempre, sorprendente. Placer/fracaso del texto. Experiencia estética. Dejarse salpicar. Pasividad/actividad. Tristeza dulce/dulzura triste... «Trilcedumbre».

Yo confieso que la primera lectura del texto unamuniano me recordó, me colocó delante, me presencializó, de forma inexorable, tajante, inesquivable, adensadamente abrumadora, el poemario *España, aparta de mí este cáliz*, de César Vallejo. Un caso flagrante, como se ve —y reconozco—, de (de)formación profesional y un argumento sólido a favor de la identidad —o identificación— de competencia y (de)formación, cuando los saberes se dejan impregnar de un aroma obsesivamente cordial, humano, exactamente humano; imprescindible.

Las lecturas sucesivas hicieron más intensa la impresión recibida en la primera, y un análisis atento —no tuve necesidad de realizarlo en profundidad— me llevó a la simple constatación de que la comparación entre el texto unamuniano y el texto vallejiano emergía por sí sola, dejando al descubierto llamativas coincidencias y diferencias, paralelismos nítidos y divergencias. El talante poemático —poético-lírico— del texto de Vallejo no admite dudas, nadie las ha tenido a este respecto, y yo mismo he escrito en diversas ocasiones sobre él. Pero la conclusión a la que llegué —y que sigo defendiendo— me dio/da pie para afirmar que, a pesar de su fragmentarismo —o precisamente a causa de él—, a pesar de ser un acervo de notas fulminantes —o precisamente por eso—, también el texto de Unamuno tenía —y tiene— un talante decididamente poemático —poético-lírico—.

Feal no trata este aspecto; ni siquiera alude a él; no tenía por qué hacerlo: su designio era otro. En cuanto a mí, estoy convencido de que esta idea tiene el calado, la originalidad y la importancia suficientes para merecer un extenso e intenso trabajo de investigación crítica comparada. Obviamente, no lo haré aquí. Pero me resulta tan tentador que un día —si antes algún avisadillo no persigue y da alcance a esta liebre levantada por mí—, me daré el gusto de realizarlo. Con esto quiero decir que aquí, forzosamente, tengo que reducir esa intención tentadora a unas pocas afirmaciones básicas —generales y comprimidas— y a unos cuantos ejemplos textuales que las garanticen. Vaya por delante una observación que, por lo demás, es redundante: el texto de Unamuno no está totalmente elaborado a niveles formales; el de Vallejo, sí. La consecuencia que se desprende de este hecho tiene un interés especial: el texto de Unamuno es más espontáneo y, por tanto, más «egoísta» —entiéndase el término—: el de Vallejo es más disciplinado y, por tanto, más literario, es decir, más «lírico».

Estas son mis reflexiones/afirmaciones:

1.ª) *El título.* No es necesario, pero si un texto lo tiene, ese título ya no es indiferente. Unamuno y Vallejo titulan sus textos respectivos. Unamuno, así: *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas. Venga a nos el tu reino.* Vallejo, así: *España, aparta de mí este cáliz.* Las coincidencias saltan a la vista. Subrayo una: la referencia religiosa. Unamuno la toma del Padrenuestro, en la forma oracional que por entonces tenía, y que remite al Evangelio (Mt 6,10; Mc 6,9). Vallejo copia la suya —leve pero significativamente alterada— también de los Evangelios (Mt 26,39; Mc 14,36; Lc 22,42). Las referencias religiosas son muchas más en ambos textos. Yo mismo he estudiado todas las que subyacen en la poesía completa de Vallejo (ver *Cuadernos Hispanoamericanos* 456-457, 1988, págs. 641-716); sencillo, pues, resulta hacer un rastreo similar en este texto de Unamuno, escritor que ha aturdido, como muy pocos, su obra con ecos bíblico-religiosos, en una especie de obsesión retórico-confirmadora de la escritura textual que, a su vez, parece ser espejo/reflejo de vivencias personales muy íntimas y trágico-dramáticas. El estiramiento que Unamuno hace de las ideas —o, si se prefiere, citas— bíblico-religiosas y su peculiar manera de aplicarlas a realidades concretas —al modo de ser del pueblo español, por ejemplo— son algo conocido y quiero creer que correctamente conocido, aunque tengo algunas dudas que las chispas de este texto se encargan de avivar.

2.ª) *La realidad asumida.* La circunstancia histórica concreta que azota a Unamuno y a Vallejo es la misma: la guerra civil de 1936. Don Miguel escribe durante los tres primeros meses de la contienda, y muere sin poder verla terminada. Vallejo escribe en plena contienda, y muere, también, un año justo antes de su final. No se trata, pues, de varias circunstancias idénticas; se trata de una única circunstancia, la misma para los dos. Y esa circunstancia —la guerra— funciona como estímulo, revulsivo o acicate que incita y excita a los dos a pensar y «repensar» España y a pensarse y «repensarse» a sí mismos y su obra (pág. 31), de forma existencial.

Resulta lógico, por tanto, que a Unamuno se le presenten, como un ejército de afiladas lanzas, los problemas más agudos que han sido el torcedor de su conciencia a lo largo de su vida consciente y de su obra escrita (pág. 31). La asunción de esta complejidad realidad vital desencadena el mecanismo de una meditación textual incoherente (?), colérica, contradictoria, aterrorizada, trágica y dialéctica sobre sí mismo y sobre la circunstancia que está urgiendo la realidad personal y objetiva hasta colocarla en un punto de tensión inexorablemente crítica: Unamuno, despavorido, contempla su vida —sus actos— ante el muro desnudo de la muerte. «Tengo miedo» (pág. 51), escribe.

El proceso de Vallejo puede parecer distinto. Y lo es, en cuanto que cada hombre hace en solitario su propio camino, y no tengo la vista tan cansada como para no ver que reacciones y procesos como los aquí individualizados en/por Unamuno y en/por Vallejo los experimentaron muchísimos otros —decir que los experimentaron todos no sería exagerado— y que muchos dejaron constancia escrita, pública y publicada, de ellos. Cosa parece de Perogrullo, pero lo característica de las perogrulladas consiste en exceder a las verdades que anuncian, precisamente en el hecho verbal de enunciarlas. Quiero decir que Unamuno y Vallejo son tomados aquí como prototipos, como ejemplos representativos —que no exclusivos— de un peculiar modo de asumir una realidad que les afectaba, pero yo no digo que les afectara a ellos en exclusiva. Pues bien: la realidad asumida por Vallejo es la de una España «con su vientre a cuestas» (Vallejo, pág. 264. Cito por César Vallejo, *Poemas humanos. España, aparta de mí este cáliz,* ed. de Francisco Martínez García, Madrid, Castalia, 1987. En adelante, V.), expresión que equivale a la unamuniana «revolución y guerra civil españolas» (pág. 17). Parece diferir la actitud psicológica —existencialmente intelectualizada en Unamuno; existencialmente ingenua en Vallejo; pesimista, decepcionada, colérica y atrabiliaria en Unamuno; optimista, ilusionada, piadosa y utópica en Vallejo—, pero esa diferencia, a mi juicio, es tan sólo diferencia en entonación textual y tiene su fundamento crítico en el «diferente» estado de colaboración de los textos: meras notas en Unamuno, poemas trabajosa e incansablemente terminados en Vallejo. Al citado «Tengo miedo» de Unamuno, se corresponde en Vallejo este pánico desconcierto poemático:

> ... no sé verdaderamente
> qué hacer, dónde ponerme; corro, escribo, aplaudo,
> lloro, atisbo, destrozo, apagan, digo

a mi pecho que acabe, al bien, que venga,
y quiero desgraciarme;
[...] me detengo [...]
refluyen mis instintos a sus sogas,
humea ante mi tumba la alegría
y, otra vez, sin saber qué hacer, sin nada, déjame,
desde mi piedra en blanco, déjame,
solo, cuadrumano, más acá, mucho más lejos
(V., págs. 222-223).

La realidad asumida es, por consiguiente, tanto en Unamuno como en Vallejo, la candente cuestión de la propia vivencia y supervivencia personal; cuestión estimulada por unos acontecimientos concretos —los de la guerra civil en España— hasta la exasperación del hecho irremediable y consumado de la escritura textual. Ello nos lleva como de la mano a una nueva reflexión que es una nueva, y lógica, vuelta de tuerca.

3.ª) *El texto como signo.* Queda dicho que el proceso semiótico es, en su más honda entraña, una producción de sentido humano. El cotejo de los textos de Unamuno y de Vallejo es una prueba irrefutable de ello. Resumo de manera esquemática en los apartados que siguen.

a) No es simplemente la coyuntura dramática de España, como nación concreta, la que provoca una preocupación obsesiva en el hombre-poeta Miguel de Unamuno y Jugo ni en el hombre-poeta César A. Vallejo Mendoza. Lo es, significativa y precisamente, la coyuntura dramática de España *en cuanto signo* al que se inyecta, previa y conscientemente, un significado humano, constelado de referencias simbólicas. Es, en los dos, la preocupación por la humanidad entera, y, muy en especial, la preocupación por la propia supervivencia del hombre que cada uno es —que son los dos— en la existencia y en el lenguaje —notas, poemas—; al tiempo que la preocupación por la supervivencia —«comunal» en Unamuno, «colectiva» en Vallejo— del hombre genérico —«comunidad», «masa»—. Escribí hace años: «El porvenir político, social, económico, incluso el porvenir humano de España no es significativo» a niveles críticos. Me refería al texto de Vallejo. Me ratifico en lo escrito. Y ahora lo abro para acoger en su seno a Unamuno.

b) En consecuencia, sin negarle sus profundísimas resonancias en la personalidad de Unamuno y en la de Vallejo, la guerra civil del 36 fue tan sólo la chispa que puso en marcha el complicado motor psíquico-artístico de cada uno y que llevó a cada uno a una meta concreta, diferente pero cercanísima: unas descuidadas y rabiosas *Notas* en Unamuno, quince poemas cuidadosa y rabiosamente hilvanados en Vallejo. Se confirma, así, por otro camino, que la guerra española tuvo —y tiene, si admitimos para el arte la marca de la universalidad— exclusivamente carácter de realidad asumida, elevada intencionalmente a nivel de signo.

c) La forma concreta en que lo dicho se hace realidad textual, puede asegurarse que es la cristalización poética —en ambos textos— de una inocultable atmósfera cultural asimilada dialécticamente, de una cierta visión cristiana —o, por lo menos, religiosa— del mundo y de la vida, que, superando —en ambos textos— los principios ideológicos humanistas y sociales del materialismo marxista —aunque, en el texto de Vallejo, apoyándose en ellos y anexionándolos—, ofrece una panorámica total de ese mundo, de esa vida, y del hombre en lucha con el dolor y la muerte. Todo ello, textualizado de una manera singular en virtud de la cual ambos textos son autónomos, inconfundibles el uno con el otro, y distinguibles ambos de cualquier otro texto.

d) La diferencia más notable entre el texto de Unamuno y el de Vallejo estriba en la construcción de cada texto. Analítico y sin plan previo aparente, el texto de Unamuno es —como dicho queda— un resumen o recapitulación de toda su obra. De esta forma, se constituye en el verdadero Indice en el que todos los títulos de la obra unamuniana están colocados. Los hilos del tejido temático —como también queda dicho— son individualizados en el estudio de Feal. El texto de Vallejo es una síntesis temática que urde su trama en torno a cuatro hilos extraídos de la realidad textual bíblico-religiosa: dos pertenecen al Antiguo Testamento —el «Canto del Siervo de Yahveh», del profeta Isaías, y la «Nueva Jerusalén», también de Isaías— y dos al Nuevo Testamento —el misterio de la «Trinidad» y la «Redención de Cristo»—; la trinidad está constituida por tres elementos —«España», el «Proletario» y el «Socialcristianismo comunista»—, y la redención se personifica en el Proletario, que es quien debe llevarla a cabo. Nada escribiré aquí acerca del funcionamiento de esta trinidad o tríada temática. Remito al lector interesado a lo ya escrito por extenso en otro lugar. (Ver Francisco Martínez García, *César Vallejo. Acercamiento al hombre y al poeta,* León, Colegio Universitario, 1977, pág. 207 y ss.) Me interesan

tan sólo algunos pasajes de Unamuno y de Vallejo que, saturados de sentido —como signos que son—, hacen que la distancia que separa a los dos textos sea mínima y, en algunos casos, se reduzca a cero. Se trata, pues, de pasajes concordantes. Con ellos establezco la prometida ejemplificación comparada. No están aquí todos los que son, pero los que están sí son, aunque —como indiqué— no pretenda yo, ni siquiera remotamente, suplir a un denso y extenso estudio; más: no quiero ni insinuar las posibles pistas que conducirían a una comparación textual sistematizada.

He aquí los textos, sometidos a la mínima organización necesaria.

Existen, ante todo, pasajes cuya realidad asumida concreta —y anecdótica— es (tienen) la misma o idéntica referencia, tanto local como personal.

Escribe Unamuno:

La sangrienta batalla de Talavera de la Reina (A1, pág. 19).
La toma de Talavera (E3, pág. 55).

Y Vallejo escribe:

Luego, retrocediendo desde Talavera,
en grupos de a uno, armados de hambre, en masas de a uno,
armados de pecho hasta la frente,
sin aviones, sin guerra, sin rencor,
el perder a la espalda
y el ganar
más abajo del plomo, heridos mortalmente de honor,
locos de polvo, el brazo a pie,
amando por las malas,
ganando en español toda la tierra,
retroceder aún, y no saber
¡dónde poner su España,
dónde ocultar su beso de orbe,
dónde plantar su olivo de bolsillo! (V., págs. 231-233).

Escribe Unamuno:

Matanzas de curas (A1, pág. 19).
Azaña, Gil Robles, Casares (A2, pág. 21).
Madre Cabrera, Trinidad Balboa (A3, pág. 23).
Turón, Sirval, Casas Viejas, Yeste (A3, pág. 23).
«Que muero porque no muero» (A4, pág. 25).
Alhucemas, Don Fabián. No hay que abusar de los cadáveres (B1, pág. 27).
Los incendios de iglesias y sacrificios de sacerdotes (B1, pág. 27).
«Mi reino no es de este mundo» (B2, pág. 29).
Y mi mujer, la que se murió aquí, sin conciencia, ¿dónde está fuera de mí? (B4, pág. 33).
[...] al saber el fusilamiento del marido de Clotilde, abrí Evangelio y leí Lucas XI 17 «todo reino dividido en sí mismo etc.» (C1, pág. 35).
El domingo 13 set. cuando se hablaba próxima toma SS y se comentaba ruina de Irún (C2, pág. 37).
Me llamo Jorge. Izquierdista, marxista, etc. (C2, pág. 37).
Santa Teresa cuanta más forma = materia (C4, pág. 41).
Acaso aquel otro no era buena persona, sino díscolo, envidioso, pero ¿quiénes somos buenas personas? ¿Quién es bueno? (D1, pág. 43).

Y Vallejo escribe:

[...] Consideremos
durante una balanza, a quema ropa,
a Calderón, dormido sobre la cola de un anfibio muerto
o a Cervantes, diciendo: «Mi reino es de este mundo,
pero también del otro»: ¡punta y filo en dos papeles!
Contemplemos a Goya, de hinojos y rezando ante un espejo,
a Coll, el paladín en cuyo asalto cartesiano
tuvo un sudor de nube al paso llano
o a Quevedo, ese abuelo instantáneo de los dinamiteros
o a Cajal, devorado por su pequeño infinito, o todavía
a Teresa, mujer que muere porque no muere
o a Linda Odena, en pugna en más de un punto con Teresa... (V., pág. 224).
Matan el caso exacto de la estatua,
al sabio, a su bastón, a su colega,
al barbero de al lado —me cortó posiblemente,
pero buen hombre y, luego, infortunado;
al mendigo que ayer cantaba enfrente,
a la enfermera que hoy pasó llorando,
al sacerdote con la altura tenaz de sus rodillas... (V., pág. 227).
Mas desde aquí, más tarde,
desde el punto de vista de esta tierra,
desde el duelo al que fluye el bien satánico,
se ve la gran batalla de Guernica.
[...]
En Madrid, en Bilbao, en Santander,
los cementerios fueron bombardeados,
y los muertos inmortales,
de vigilantes huesos y hombro eterno, de las tumbas,
los muertos inmortales, se sentir, de ver, de oír,
tan bajo el mal, tan muertos a los viles agresores,
reanudaron entonces sus penas inconclusas,
acabaron de llorar, acabaron
de esperar, acabaron
de sufrir, acabaron de vivir,
acabaron en fin de ser mortales! (V., págs. 233-235).
Lo han matado, obligándole a morir
a Pedro, a Rojas, al obrero, al hombre, a aquél
que nació muy niñín, mirando al cielo,
y que luego creció, se puso rojo
y luchó con sus células, sus nos, sus todavías, sus hambres, sus pedazos.
Lo han matado suavemente
entre el cabello de su mujer, la Juana Vásquez,
a la hora del fuego, al año del balazo
y cuando andaba cerca ya de todo.
Pedro Rojas, así, después de muerto,
se levantó, besó su catafalco ensangrentado,
lloró por España

y volvió a escribir con el dedo en el aire:
«¡Vivan los compañeros! Pedro Rojas».
Su cadáver estaba lleno de mundo. (V., págs. 239-240).
Ernesto Zúñiga, duerme con la mano puesta,
con el concepto puesto,
en descanso tu paz, en paz tu guerra.
Herido mortalmente de vida, camarada,
camarada jinete,
camarada caballo entre hombre y fiera,
tus huesecillos de alto y melancólico dibujo
forman pompa española, pompa
laureada de finísimos andrajos!
Siéntate, pues, Ernesto,
oye que están andando, aquí, en tu trono,
desde que tu tobillo tiene canas,
¿Qué trono?
¡Tu zapato derecho! ¡Tu zapato! (V., págs. 246-247).
¡Ahí pasa! ¡Llamadla! ¡Es su costado!
¡Ahí pasa la muerte por Irún!:
sus pasos de acordeón, su palabrota,
su metro de tejido que te dije,
su gramo de aquel peso que he callado... (V., pág. 243).

Y vienen, luego, los temas —el Tema—, en fila o en escuadrón. Doy ejemplos textuales sólo de cuatro: *el pueblo (español), la cultura, los niños* y *España.* No establezco emparejamientos mecánicos; el lector no puede ser ofendido nunca; pero no olvido —y no olvide— que el telón de fondo, la página en negro, es la guerra.

Escribe Unamuno:

Los siglos precisos para que la ilusión antropocéntrica se desvanezca en el pueblo inculto (A1, pág. 19).
... enfermedad mental, complejo inferioridad aldeana (A2, pág. 21).
Mineralidad del pueblo (A2, pág. 21).
... un pueblo de resentidos (A2, pág. 21).
terremoto sísmico —temblor de tierra— temblor de pueblo. Se le abren las entrañas, se desentraña [muestra su hechura, las malas entrañas, envidia, odio, resentimiento] cultivo sobre el terremoto; en lava (A3, pág. 23).
Matar y dejarse matar (A3, pág. 23).
El pueblo español se entrega al suicidio. Pero como le retiene el instinto animal de vivir —y reproducirse— se entrega a estupidizarse, al opio y al alcohol. El goce de morir matando. Un pueblo no de vividores, sino de moridores. [...] Tolerante, no misericordioso. [...] Temblor de pueblo, huracán, tornado, galerna, manga, tifón, tromba. En un mar de tristeza. Desesperados y resignados [...] Buscando pábulo para el odio, a quien odiar (A4, pág. 25).
Complejo de inferioridad infantil (B3, pág. 31).
Espíritu comunal, no colectivo. ¿Sumiso no sometido? (B3, pág. 31).
Ahora está permitido matar. En casi todos se enciende el odio, en casi nadie la compasión (C1, pág. 35).
El ruso y el español. El español reliquias, huesos, lienzos teñidos de sangre; el ruso imágenes, iconos (C3-4, págs. 39-41).
Paz en la guerra. Camaradería entre los dos bandos, no odio. Conversaciones de avanzada a avanzada (D2, pág. 45).
Un pueblo que no tiene miedo a sí mismo, espantado de sus propias barbaridades (D3, pág. 47).
Este temblor de pueblo que como los de tierra, le ha abierto las entrañas y hecho verter la lava de sus peores pasiones (D4, pág. 49).

Y Vallejo escribe:

Un día prendió el pueblo su fósforo cautivo, oró de cólera
y soberanamente pleno, circular,
cerró su natalicio con manos electivas;
arrastraban candado ya los despótas
y en el candado, sus bacterias muertas...
¿Batallas? ¡No! ¡Pasiones! Y pasiones precedidas
de dolores con rejas de esperanzas,
de dolores de pueblos con esperanzas de hombres
¡Muerte y pasión de paz, las populares!
[...]
El mundo exclama: «¡Cosas de españoles!» Y es verdad.
[...]
(Todo acto o voz genial viene del pueblo
y va hacia él, de frente o transmitidos
por incesantes briznas, por el humo rosado
de amargas contraseñas sin fortuna.)
[...]
Proletario que mueres de universo, ¡en qué frenética armonía
acabará tu grandeza, tu miseria, tu vorágine impelente,
tu violencia metódica, tu caos teórico y práctico, tu gana
dantesca, españolísima, de amar, aunque sea a traición
a tu enemigo!
(V., págs. 223-224).
Al fin de la batalla,
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: «No mueras, ¡te amo tanto!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.
Se le acercaron dos y repitiriéronle:
«¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!»
Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos, mil,
clamando: «¡Tanto amor y no poder nada contra la muerte!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.
Le rodearon millones de individuos,
con un ruego común: «¡Quédate, hermano!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.
Entonces, todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre; echóse a andar... (V., pág. 259).
Padre polvo, sudario del pueblo,
Dios te salve del mal para siempre,
padre polvo español, padre nuestro (V., pág. 262).

Escribe Unamuno:

Lo que más importa es la intelectualidad y la religiosidad (C4, pág. 41).
Los motejados de intelectuales les estorban tanto a los hunos como a los hotros (D1, pág. 43).
¿Odio a la inteligencia? ¿O no más bien miedo a ella? (D2, pág. 45).
¿Para qué escribo esto? Para remedio. No. Para conocim. del mal. Si uno se muere saber de qué se muere (D2, pág. 45).
«Muera la intelectualidad y viva la muerte», Millán Astray (E2, pág. 53).
Como ejemplo de lo que entienden por intelectualidad los guerreros, el caso de un conocido general que para defenderse de anal-

fabeto o inculto aducía que de teniente a coronel estuvo explicando matemáticas en Academias militares. ¡Matemáticas primarias! Las matemáticas de academia militar como el latín de los seminarios en nada desarrollan la inteligencia ni el sentido crítico (E2, pág. 53).

Y Vallejo escribe:

Matan al libro, tiran a sus verbos auxiliares,
a su indefensa página primera!
Matan el caso exacto de la estatua,
al sabio, a su bastón, a su colega (V., pág. 227).
[...] matad
a la muerte, matad a los malos!
¡Hacedlo por la libertad de todos!
[...]
y hacedlo, voy diciendo,
por el analfabeto a quien escribo,
por el genio descalzo y su cordero (V., pág. 227).
Un libro quedó al borde de su cintura muerta,
un libro retoñaba de su cadáver muerto.
Se llevaron al héroe,
y corpórea y aciaga entró su boca en nuestro aliento;
sudamos todos, el ombligo a cuestas;
caminantes las lunas nos seguían;
también sudaba de tristeza el muerto.
Y un libro, en la batalla de Toledo,
un libro, atrás un libro, arriba un libro, retoñaba del cadáver.
Poesía del pómulo, entre el decirlo
y el callarlo,
poesía en la carta moral que acompañara
a su corazón.
Quedose el libro y nada más, que no hay
insectos en la tumba,
y quedó al borde de su manga el aire remojándose
y haciéndose gaseoso, infinito.
Todos sudamos, el ombligo a cuestas,
también sudaba de tristeza el muerto
y un libro, y lo vi sentidamente,
un libro, atrás un libro, arriba un libro
retoño del cadáver ex abrupto (V., págs. 253-254).

Escribe Unamuno:

Los niños aquí, en el corral, junto a las gallinas, pam! pam! pam! Viva España! (B1, pág. 27).
Y los niños! El mundo no era ya mi representación (B2, pág. 29).
El niño que construye un muñeco para romperlo (E3, pág. 55).

Y Vallejo escribe:

Así tu criatura, miliciano, así tu exangüe criatura,
agitada por una piedra inmóvil,
se sacrifica, apártase,
decae para arriba y por su llama incombustible sube,
sube hasta los débiles,
distribuyendo españas a los toros,
toros a las palomas... (V., pág. 224).
volverán
los niños abortados a nacer perfectos, espaciales (V., pág. 226).
¡Porque en España matan, otros matan
al niño, a su juguete que se para,
a la madre Rosenda esplendorosa,
al viejo Adán que hablaba en voz alta con su caballo
y al perro que dormía en la escalera! (V., pág. 227).
¡Lid a priori, fuera de la cuenta,
lid en paz, lid de las almas débiles
contra los cuerpos débiles, lid en que el niño pega,
sin que le diga nadie que pegara,
bajo su atroz diptongo
y bajo su habilísimo pañal,
y en que la madre pega con su grito, con el dorso de una lágrima
y en que el enfermo pega con su mal, con su pastilla
y su hijo
y en que el anciano pega
con sus canas, sus siglos y su palo
y en que pega el presbítero con dios!
¡Tácitos defensores de Guernica!
¡Oh débiles! ¡Oh suaves ofendidos,
que os eleváis, crecéis,
y llenáis de poderosos débiles el mundo! (V., pág. 234).

Escribe Unamuno:

Entre los hunos y los otros están descuartizando a España (A2, pág. 21).
Y ella en tanto? Están ante la muerte, ante la muerte comunal. Finis Hispaniae (B1, pág. 27).
Dos mitades de España una queriendo creer y la otra desesperada de no poder creer (B2, pág. 29).
España contra sí misma. ¡Viva España! es la expresión de su gana de vivir (B2, pág. 29).
No son unos españoles contra otros —no hay Anti España— sino toda España, una, contra sí misma. Suicidio colectivo (B2, pág. 29).
No una España contra otra —la Anti España— sino toda España contra sí misma (B3, pág. 31).
Qué es España? Cuál su fe? España es un valor comunal histórico pero dialéctico, dinámico, con contradicciones íntimas. La que los hotros llaman la Anti-España, la liberal, es tan España como la que combaten los hunos (B4, pág. 33).
Anti-España? tradición? Historia-Tradición altamirana, ibérica, céltica, románica, gótica, arábiga, reyes católicos, hispánica, habsburgiana, borbónica, Cortes Cádiz liberal, guerras civiles, republicana, y todo uno, con sus fecundas contradicciones íntimas (C3, pág. 39).
Y mi amor a España al pueblo español? Por eso, por su desgracia, por su degradación, por su desesperación. Como se puede querer al pobre Luzbel (D4, pág. 49).
«Tiene V. fe en España?» «En cuál? en la de los que gritan «¡arriba España!» los arribistas? en esa no». «En cual, pues? en la de usted» «En la mía? La mía se acaba conmigo. Y si la dejo en mi obra tengo fe en ella; como la tengo en Cervantes» (E4, pág. 57).
Yo no he cambiado, han cambiado ellos (D3, pág. 47).
Da asco ser hombre (C1, pág. 35).

Y Vallejo escribe:

¡Oh vida! ¡Oh tierra! ¡Oh España! (V., pág. 229).
¡Cuídate, España, de tu propia España!

¡Cuídate de la hoz sin el martillo,
cuídate del martillo sin la hoz!
¡Cuídate de la víctima a pesar suyo,
del verdugo a pesar suyo!
¡Cuídate del que, antes de que cante el gallo,
negárate tres veces,
y del que te negó, después, tres veces!
¡Cuídate de las calaveras sin las tibias,
y de las tibias sin calaveras!
¡Cuídate de los nuevos poderosos!
¡Cuídate del que come tus cadáveres,
del que devora muertos a tus vivos!
¡Cuídate del leal ciento por ciento!
¡Cuídate del cielo más acá del aire
y cuídate del aire más allá del cielo!
¡Cuídate de los que te aman!
¡Cuídate de tus héroes!
¡Cuídate de tus muertos!
¡Cuídate de la República!
¡Cuídate del futuro!... (V., pág. 263).

Ninguno mejor que el titulado *España, aparta de mí este cáliz* para dar por clausurada esta muestra de textos que, a mi juicio, se dejan muy gustosamente comparar, porque respiran la misma atmósfera de piedad, de cólera, de amor, de temor, de impotencia, de compasión, de dolor y de misericordia. En este poema vibra toda España en los cuatro temas tomados como ejemplos probatorios de la impresión que me produjo la lectura de la obra de Unamuno que ha motivado estas páginas. Vallejo y Unamuno se me presentan ahora hermanados en el cielo de la inmortalidad literaria, blandiendo en sus manos la palma de los mártires, es decir de los «testigos» que dieron su vida en testimonio de su fe en España, justo en momentos cruciales en los que la fe, la esperanza y la caridad eran amordazadas y abatidas por la metralla bárbara e irracional de una guerra fratricida.

Escribe Vallejo:

Niños del mundo,
si cae España —digo, es un decir—
si cae
del cielo abajo su antebrazo que asen,
en cabestro, dos láminas terrestres;
niños, ¡qué edad la de las sienes cóncavas!
¡qué temprano en el sol lo que os decía!
¡qué pronto en vuestro pecho el ruido anciano!
¡qué viejo vuestro 2 en el cuaderno!
¡Niños del mundo, está
la madre España con su vientre a cuestas;
está nuestra maestra con sus férulas,
está madre y maestra,
cruz y madera, porque os dio la altura,
vértigo y división y suma, niños;
está con ella, padres procesales!
Si cae —digo, es un decir— si cae
España, de la tierra para abajo,
niños, ¡cómo vais a dejar de crecer!
¡cómo va a castigar el año al mes!
¡cómo van a quedarse en diez los dientes,
en palote el diptongo, la medalla en llanto!
¡Cómo va el corderillo a continuar
atado por la pata al gran tintero!
¡Cómo vais a bajar las gradas del alfabeto
hasta la letra en que nació la pena!
Niños,
hijos de los guerreros, entre tanto,
bajad la voz, que España está ahora mismo repartiendo
la energía entre el reino animal,
las florecillas, los cometas y los hombres.
¡Bajad la voz, que está
con su rigor, que es grande, sin saber
qué hacer, y está en su mano
la calavera hablando y habla y habla,
la calavera, aquélla de la trenza,
la calavera, aquélla de la vida!
¡Bajad la voz, os digo;
bajad la voz, el canto de las sílabas, el llanto
de la materia y el rumor menor de las pirámides, y aún
el de las sienes que andan con dos piedras!
¡Bajad el aliento, y si
el antebrazo baja,
si las férulas suenan, si es la noche,
si el cielo cabe en dos limbos terrestres,
si hay ruido en el sonido de las puertas,
si tardo,
si no veis a nadie, si os asustan
los lápices sin punta, si la madre
España cae —digo, es un decir—
salid, niños del mundo; id a buscarla!... (V. págs. 264-265).

VI

¿Cómo —tras la experiencia vivida «leyendo» a Unamuno y «releyendo» a Vallejo— no sentirme inmerso en un no aprendido gozo, y cómo no decir, otra vez, «gracias» a quien, suavemente, me forzó a aprenderlo, aprehenderlo y degustarlo durante una noche convencional, envuelto en cuya oscuridad desenfrenada moría —ha muerto— un año, cual piedra negra arrojada al agujero negro de lo definitivamente ido, y, cual piedra blanca de inescrutables augurios, ha nacido otro año, con el sello ya marcado del cesar y del acabamiento, oliendo a chamusquina, en el costado?...

Francisco Martínez García